

Capítulo 5

El equilibrio entre la fe y las obras

Un testimonio viviente

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Heb. 11:6). Hay muchos en el mundo cristiano que sostienen que todo lo que se necesita para la salvación es tener fe; las obras nada son, lo único esencial es la fe. Pero la Palabra de Dios nos dice que la fe sola, sin obras, es muerta.

Muchos rehúsan obedecer los mandamientos de Dios, mas hacen mucho hincapié en la fe. Empero la fe debe tener un fundamento. Todas las promesas de Dios son condicionales. Si hacemos su voluntad, si caminamos en la verdad, entonces podemos pedir lo que queramos, y nos será dado. Cuando tratamos fervorosamente de ser obedientes, Dios escucha nuestras peticiones; pero él no nos bendecirá si estamos en desobediencia. Si escogemos desobedecer sus mandamientos, podemos gritar “Fe, fe, solamente fe”, y la respuesta vendrá de la segura Palabra de Dios: “La fe sin obras es muerta” (Sant. 2:20). Una fe tal solo será como metal que resuena y címbalo que retiñe.

Para tener los beneficios de la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte; debemos trabajar fielmente y producir frutos dignos de arrepentimiento. Somos obreros juntamente con Dios. No hemos de sentarnos con indolencia, a la espera de alguna gran ocasión, para hacer una obra importante por el Maestro. No hemos de descuidar el deber que está directamente en nuestro camino, sino que hemos de aprovechar las pequeñas oportunidades que se presentan a nuestro alrededor. Debemos avanzar haciendo lo mejor que podemos en los trabajos más pequeños de la vida, asumiendo de todo corazón y con toda fidelidad la obra que la providencia de

Dios nos ha asignado. Por pequeña que sea, debemos hacerla con todo el cuidado con que haríamos una obra mayor. Nuestra fidelidad será aprobada en los registros del cielo.

No necesitamos esperar que nuestro camino sea suavizado delante de nosotros. Empecemos a trabajar para utilizar los talentos que se nos han confiado. No debe importarnos lo que el mundo pensará acerca de nosotros. Que nuestras palabras, nuestro espíritu y nuestras acciones sean un testimonio vivo de Jesús, y el Señor cuidará de que el testimonio dado para su gloria, presentado en una vida bien ordenada y en una conversación piadosa, pueda profundizarse e intensificarse con poder. Sus resultados pueden nunca ser conocidos en la Tierra, pero serán manifestados delante de Dios y de los ángeles.

¿Cuál es mi parte?

Debemos hacer todo lo que está de nuestra parte para pelear la buena batalla de la fe. Debemos luchar, trabajar, esforzarnos y agonizar para entrar por la puerta estrecha. Debemos poner al Señor siempre delante de nosotros. Con manos limpias, con corazones puros, debemos tratar de honrar a Dios en todos nuestros caminos. Se ha provisto ayuda para nosotros por medio de Aquel que es poderoso para salvar. El espíritu de verdad y luz nos vivificará y renovará mediante sus misteriosas operaciones; porque todo nuestro progreso espiritual proviene de Dios, no de nosotros mismos. El obrero verdadero tendrá el poder divino en su ayuda, pero el indolente no será sostenido por el Espíritu de Dios.

En un sentido, somos librados a nuestras propias energías; debemos luchar con ahínco para ser celosos y arrepentirnos, para limpiar nuestras manos y purificar nuestros corazones de toda mancha; debemos alcanzar la norma más elevada, creyendo que Dios nos ayudará en nuestros esfuerzos. Si hemos de hallar, debemos buscar, y buscar con fe; debemos llamar, para que la puerta pueda abrirse ante nosotros. La Biblia enseña que todo lo referente a nuestra salvación depende de nuestro propio curso de

acción. Si perecemos, la responsabilidad yacerá enteramente en nosotros mismos. Si se ha hecho provisión, y si aceptamos los términos de Dios, podemos apropiarnos de la vida eterna. Debemos acudir a Cristo con fe, debemos ser diligentes para hacer nuestra vocación y elección seguras.

¿Una fe que no hace nada?

Se promete el perdón de los pecados al que se arrepiente y cree; la corona de vida será el galardón del que es fiel hasta el fin. Podemos crecer en la gracia desarrollándonos por medio de la gracia que ya tenemos. Debemos mantenernos sin mancha del mundo si hemos de ser hallados sin culpa en el día de Dios. La fe y las obras van de la mano; actúan armoniosamente en la empresa de alcanzar la victoria. Las obras sin fe son muertas, y la fe sin obras es muerta. Las obras jamás van a salvarnos; son los méritos de Cristo los que contarán en nuestro favor. Mediante la fe en Él, Cristo hará que todos nuestros imperfectos esfuerzos sean aceptables para Dios. La fe que se requiere que tengamos no es una fe de no hacer nada; fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que eleve a Dios manos santas sin ira ni duda, caminará inteligentemente en la senda de los mandamientos de Dios.

Si hemos de hallar perdón por nuestros pecados, primero debemos tener conciencia de lo que es el pecado, para que podamos arrepentirnos y producir frutos dignos de arrepentimiento. Debemos tener un fundamento sólido para nuestra fe; debe fundarse en la Palabra de Dios, y sus resultados se manifestarán en obediencia a la voluntad revelada de Dios. Dice el apóstol: “Sin... [santidad] nadie verá al Señor” (Heb. 12:14).

El equilibrio perfecto

La fe y las obras nos mantendrán equilibrados y nos darán el éxito en la tarea de perfeccionar el carácter cristiano. Jesús dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mat.

7:21). Refiriéndose al alimento temporal, el apóstol dijo: “Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tes. 3:10). La misma regla se aplica a nuestra nutrición espiritual; si alguno ha de tener el pan de vida eterna, que haga esfuerzos para obtenerlo.

Estamos viviendo en un período importante e interesante de la historia de esta tierra. Necesitamos más fe que la que hemos tenido hasta ahora; necesitamos un sostén más firme de lo alto. Satanás está obrando con todo poder para obtener la victoria sobre nosotros, porque sabe que no tiene sino un corto tiempo para trabajar. Pablo se esforzó con temor y temblor para obtener su salvación; y ¿no debiéramos temer nosotros, no sea que permaneciendo aún la promesa, alguno de nosotros parezca no haberla alcanzado, y nos demostremos indignos de la vida eterna? Deberíamos velar en oración, luchando con esfuerzo agonizante para entrar por la puerta estrecha.

No hay excusa para el pecado o para la indolencia. Jesús ha señalado el camino, y desea que sigamos sus pisadas. Él ha sufrido. Él se ha sacrificado como ninguno de nosotros puede hacerlo, para poder poner la salvación a nuestro alcance. No necesitamos desanimarnos. Jesús vino a nuestro mundo para poner a disposición del hombre el poder divino a fin de que, mediante su gracia, pudiéramos ser transformados a su semejanza.

Después de haber hecho lo mejor, ¿qué pasará?

Cuando está en el corazón el propósito de obedecer a Dios, cuando se realizan esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esta disposición y esos esfuerzos como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con su propio mérito divino. Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en él y, sin embargo, son desleales a los mandamientos de su Padre.

Oímos hablar mucho acerca de la fe, pero necesitamos oír mucho más acerca de las obras. Muchos están engañando a sus propias

almas al vivir una religión cómoda, complaciente, sin cruz. Pero Jesús dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mat. 16:24).—*Signs of the Times*, 16 de junio de 1890 [Disertación matinal pronunciada en Basilea, Suiza, el 17 de septiembre de 1885].

Semejante a dos remos

Si somos fieles en cumplir con nuestra parte, cooperando con Dios, él obrará mediante nosotros [para hacer] su buena voluntad. Pero él no puede obrar mediante nosotros si no nos esforzamos. Si hemos de ganar la vida eterna, debemos trabajar y trabajar fervientemente... No nos engañemos por la afirmación que se repite con frecuencia: “Todo lo que tenéis que hacer es creer”. La fe y las obras son dos remos que debemos usar igualmente si hemos de abrirnos camino aguas arriba contra la corriente de la incredulidad: “La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” [Sant. 2:17]. El cristiano es un hombre de pensamiento y acción. Su fe afirma sus raíces firmemente en Cristo. Mediante la fe y las buenas obras mantiene su espiritualidad robusta y saludable, y su fuerza espiritual aumenta a medida que se esfuerza para efectuar las obras de Dios.—*Review and Herald*, 11 de junio de 1901.

Presentemos un mensaje equilibrado

Sed muy cuidadosos, mis hermanos, en cuanto a la forma de presentar el tema de la fe y las obras ante los oyentes, no sea que las mentes se confundan. [...]

No presente nadie la idea de que el hombre tiene poco o nada que hacer en la gran obra de vencer, pues Dios no hace nada para el hombre sin su cooperación. Tampoco se diga que después de que habéis hecho todo lo que podéis de vuestra parte, Jesús os ayudará. Cristo ha dicho: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Desde el principio hasta el fin, el hombre ha de ser colaborador con Dios. A menos que el Espíritu Santo actúe sobre el corazón humano, tropezaremos y caeremos a cada paso. Los

esfuerzos del hombre solo no son nada sino inutilidad, pero la cooperación con Cristo significa victoria. [...]

Nunca dejéis en la mente la impresión de que hay poco o nada que hacer de parte del hombre, sino más bien enseñad que el hombre ha de cooperar con Dios para que pueda vencer.

No diga nadie que sus obras no tienen nada que ver con su jerarquía y posición delante de Dios. En el juicio, se pronunciará la sentencia de acuerdo con lo que ha sido hecho o lo que ha sido dejado sin hacer (Mat. 25:34-40).

Se requieren esfuerzos y labor de parte del que recibe la gracia de Dios, pues el fruto es el que manifiesta cuál es el carácter del árbol. Aunque las buenas obras del hombre, sin fe en Jesús, no tienen más valor que la ofrenda de Caín; cubiertas con los méritos de Cristo, testifican de la idoneidad del que las hace para heredar la vida eterna. Lo que es considerado como moral en el mundo no alcanza la norma divina y no tiene más mérito delante del cielo que el que tuvo la ofrenda de Caín.—*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 445-447. (Ver páginas 442 al 445 para leer una carta en la que se le advierte a un predicador respecto de presentar solo una cara de la moneda.)